

ELEMENTOS PARA LA COMPRENSIÓN DE LA INSTRUMENTALIDAD DEL TRABAJO SOCIAL*

Yolanda Guerra** yguerra@adaptanet.com.br

INTRODUCCIÓN

Nuestra profesión, a lo largo de su trayectoria, se ha caracterizado por no enfrentar algunas problemáticas, lo cual a mi entender, ha producido, reproducido y alimentado algunas insuficiencias de naturaleza ideo-teóricas, políticas y práctico-operativas, dentro de las cuales quiero destacar la ausencia de debates y polémicas sobre las diferencias y las divergencias existentes al interior de la profesión, como sí la misma no fuese constituida por un mosaico de visiones de hombre, mundo y sociedad, de proyectos políticos, de programáticas de intervención, de racionalidad, de concepciones sobre la naturaleza y el significado del Trabajo Social¹, etc.

Esta ausencia o insuficiencia en el enfrentamiento de algunas cuestiones de fondo en el Trabajo Social, -la abstracción de las diferencias², la no explicitación de los contenidos y de los fundamentos teórico-políticos subyacentes-, nos lleva, al fin y al cabo, a considerarlas como problemáticas propias de la profesión, tanto aquellos condicionamientos socio históricos típicos del orden burgués maduro como las cuestiones de naturaleza teórico-metodológica que afectan a las profesiones sociales de carácter interventivo como un todo. Considero que, en ambos casos, los

*.Título original en portugués: "*Elementos para a compreensão da Instrumentalidade do Serviço Social*". (Traducción: Lic. Gustavo Parra)

** Máster en Servicio Social y Doctoranda por la Pontificia Universidad Católica - San Pablo (PUC/SP) - Brasil. Autora del libro: "A instrumentalidade do Serviço Social", Cortez Editora, São Paulo, 1995.

¹ Los términos Serviço Social y assistente social han sido traducidos por Trabajo Social y trabajador social respectivamente. *Nota Del traductor.*

² Esta característica de La profesión fue denunciada por primera vez por Netto en la presentación de su texto en 1990. (Cfr. Netto, 1991:10)

trabajadores sociales se inclinan sobre pseudo-problemáticas o en las palabras de lamamoto “falsos dilemas”³, los cuales por contraponerse a la realidad también suscitan interpretaciones, conclusiones, pedidos, orientaciones práctico-materiales incorrectas. A los efectos del análisis que ahora nos proponemos, importa destacar la repetición acrítica de frases hechas, modismos, palabras de orden, tales como “*en la práctica la teoría es otra*” y el pedido (a mi entender impropio) que los trabajadores sociales hacen por modelos de intervención, por pautas de instrumentos técnicos-operativos: “*el fetiche de los instrumentos y técnicas o la deificación de las metodologías de acción*”, ambos sustentados por la creencia en soluciones inmediateistas, en explicaciones padronizadas, simplificadas y simplificadoras de la realidad social, las cuales por suprimir las mediaciones, impiden que se reflexione críticamente sobre la instancia de pasaje entre las teorías macro sociales y la intervención profesional del trabajador social y sobre el horizonte en el cual los medios y las condiciones para el alcance de las finalidades profesionales son escogidas, o mejor dicho, sobre **La Instrumentalidad del Trabajo Social**.

Las reflexiones que siguen, buscan contribuir al esclarecimiento y encaminamiento de una solución de estas cuestiones en el ámbito del Trabajo Social⁴, teniendo en cuenta que ambas problemáticas, - las relativas a la relación teoría/práctica y las concernientes a los pedidos por la creación de nuevos instrumentos y técnicas de intervención y por la recreación de los tradicionales-, ha sido recurrente entre los trabajadores sociales (aunque no únicamente).

En el peso de las relaciones e interconexiones existentes entre estas problemáticas, y en la intención de dedicarles el tratamiento más clarificador y didáctico posible, fui conducida en algunos momentos a abordar cada una de las temáticas por separado, para luego priorizar el entrelazamiento entre ellas y de ambas con la **Instrumentalidad del Trabajo Social**; ésta, aquí concebida como la base particular sobre la cual tales problemáticas se expresan.

EN LA PRÁCTICA LA TEORÍA ES OTRA

El primer conjunto de “seudos” problemas que este análisis pretende destacar, se refiere a la falsa concepción de que en la práctica la teoría es otra, o sea, la dicotomía entre saber y hacer, entre ser y pensamiento, entre objetividad y subjetividad, y consecuentemente, la visión equivocada de que el Trabajo Social tiene demasiada teoría.

³ La remisión que el trabajador social hace a los falsos dilemas es trabajada por lamamoto (cfr. 1982,1991, 1992)

⁴ Sin embargo, entiendo que tales cuestiones no son exclusivas ni específicas del Trabajo Social, sino por el contrario, extrapolan los estrechos límites de las profesiones y de las instituciones sociales.

Estas afirmaciones, que a pesar de su superficialidad se han construido en una de las “frases hechas” que atraviesan históricamente la profesión, sugieren que hay un desfase, una desarticulación o hasta mismo un divorcio entre teoría y práctica y que éste alcanzaría su expresión más desarrollada en aquellas intervenciones profesionales que intentan romper con los substratos teórico-metodológicos positivistas. Estos substratos, histórica e insistentemente, han acompañado las formas de ser, pensar y actuar a/en la profesión. Aún, son las formas de intervención y los profesionales quienes buscan romper con los límites, -teóricos, metodológicos, políticos y operativos-, impuestos por las vertientes positivistas y aquellos tomados como responsables por la brecha que se abrió, -según la opinión de un número significativo de profesionales-, a partir de la incorporación de la tradición marxista en el Trabajo Social, y por tanto los profesionales legatarios de las formulaciones del marxismo, son los primeros convocados a formular una pauta de instrumentos de intervención que redunde en transformaciones sustantivas y efectivas en la realidad social. Se considera que “hay un flagrante hiato entre la intención de romper con el pasado conservador del Trabajo Social y los indicativos prácticos para consumarla” (Netto, 1991a: 161).

De este modo la perspectiva marxista, con la cual acuerdo -por su racionalidad, ortodoxia⁵ y búsqueda de los fundamentos últimos-, me autoriza a afirmar que tanto la dicotomía teoría/práctica como la referenciabilidad del trabajador social al instrumental técnico, en cuanto inhibidor o potencializador de la intervención profesional no pasan de opiniones equivocadas.

Las formulaciones teóricas metodológicas de Marx, de la cual en el Trabajo Social la vertiente de intención de ruptura es heredera, entiende que hay una autoimplicación entre teoría social y método. En ésta, el papel de la teoría es el de iluminar las estructuras y la dinámica de los procesos sociales, las determinaciones contradictorias de los hechos y fenómenos, disolver la positividad de los hechos por su negación, pero no ofrece, ni se lo propone, una pauta acerca de los instrumentos de intervención sobre la realidad social. La concepción del método, en el ámbito del referencial marxiano, como el camino del pensamiento, la dirección analítica que obedece al movimiento del objeto, se aparta mucho de aquella que toma el método como el conjunto de procedimientos y/o reglas de conocimiento⁶, o todavía, como medio de aplicación de este conocimiento⁷.

En lo que se refiere a las formas de considerar la teoría y las prácticas vigentes en el interior del Trabajo Social, sumariamente, podemos considerar que hay tres

⁵ En el sentido lukacsiano del término, es decir, ortodoxia en lo que se refiere al método.

⁶ El legado de Durkheim es ejemplar.

⁷ Bien a gusto del Trabajo Social tradicional y sus métodos de Caso, Grupo y Comunidad.

tendencias que acompañan la trayectoria de la profesión, las cuales se vienen manifestando de manera híbrida:

1. Para los profesionales que toman la práctica como el fundamento de la determinación de sus acciones, las teorías no pasan de construcciones abstractas, ya que se sitúan secundariamente frente a la práctica, cabiéndole a ésta, en última instancia, proveer indicativos sobre los instrumentos operativos capaces de posibilitar una acción efectiva en las situaciones concretas. Aquí, la receptibilidad de la práctica autoriza la formulación de procedimientos, basados en las experiencias anteriores y válidas para situaciones análogas, que son transformados en modelos de intervención.

De este modo de ver la relación teoría-práctica, cuyo substrato se localiza en el empiricismo positivista de un lado (la práctica habla por sí misma) y en el pragmatismo del otro, se deriva que estas dos determinaciones singulares, estos modos de ser de los procesos sociales, -el empírico y el pragmático-, son tomados sin las debidas articulaciones con lo particular y con lo universal, y aún así, las acciones inmediatas desencadenadas sobre la realidad son identificadas como práctica profesional. Al considerar lo empírico y lo pragmático como práctica, los trabajadores sociales (no exclusivamente) pueden denunciar, y con toda razón, una total dicotomía con la teoría.

2. Para los profesionales que consideran que las construcciones teóricas son determinaciones de la práctica, la opción del profesional por una teoría pasa a constituirse en su “camisa de fuerza” (o se limita al ámbito de la mera declaración de principios), una vez que ésta aparece como la expresión más formalizada y completa de la realidad, exigiendo de ella respuestas e instrumentos capaces de colocar la “teoría en acción”. El valor de la teoría, en este caso, consiste en construir un cuadro explicativo del objeto que contemple un conjunto de técnicas e instrumentos de valor operacional. Concebidas como paradigmas de explicación de la realidad social, los que comparten esta visión, esperan que las teorías los provean de las explicaciones y los modelos de intervención sobre la realidad social. Aquí, esta distorsión entre teoría y práctica es inevitable: si la realidad social es histórica, dinámica, contradictoria, objetiva, posee causalidades puestas por la expresión teleológica de los hombres; la utilización de modelos estaría, en lo mínimo, siendo disfuncional, impertinente e impropio a cualquier aspiración, aunque limitada, de aproximación del conocimiento a la realidad.

En el primer caso, el reconocimiento de las posibilidades de las teorías se da, apenas, en el nivel del discurso profesional, puesto que el proceso mismo de construcción teórica la niega. En el segundo, sus posibilidades se localizan en las respuestas producidas por la confrontación entre los modelos teóricos y la realidad.

Aquí, si la práctica no corresponde a los modelos de acción profesional, tiene que ser modificada.

3. Hay, todavía, una tercera tendencia que, a mi entender, difiere de las anteriores en cuanto a la concepción que tiene de la teoría. Esta vertiente reconoce la teoría como procesos de reconstrucción, de refiguración de la realidad por el pensamiento, vinculada a proyectos de sociedad determinados, a visiones de hombre y mundo -frente a los cuales el profesional asume una posición-, y a determinados métodos de conocimiento e interpretación de la sociedad. Aunque se las dimensiona coherentemente, también reclama la ausencia de indicativos teórico-prácticos que posibiliten romper con el anticuado conservadurismo que acompaña la trayectoria de la profesión.

Lo que cabe considerar en relación a estas tres tendencias presentadas esquemáticamente, es que:

En primer lugar hay una reducción en la forma de concebir las teorías, limitando sus contribuciones al nivel de dar respuestas inmediatas a situaciones concretas y, asimismo, de proveer instrumentos para la intervención. En este caso, se trata de “teorías de resultados” y su presupuesto es que hay una relación directa e inmediata entre teoría y práctica.

En segundo lugar, no consideran que teoría y práctica, pensamiento y acción, idealidad y materialidad, posean naturalezas diversas.

Y finalmente, en tercer lugar, no permiten la elucidación de los principios que subyacen a las nociones de teoría vigentes en la profesión y esta cuestión remite al otro polo de la relación, o sea, cual es la concepción que se tiene del Trabajo Social (Arte, Ciencia, Técnica, Práctica Profesional).

Además, hay más problemas en la relación teoría/práctica en el Trabajo Social de los que pueden imaginar los trabajadores sociales. Intentaremos señalar algunos, obedeciendo al orden de los enunciados precedentes.

En lo que se refiere a la solicitud de los profesionales por teorías que respondan a las necesidades de la intervención profesional tenemos que considerar que entre teoría y práctica no hay correspondencia directa e inmediata. La relación entre ellas se procesa por mediaciones o sistemas de mediaciones que involucran experiencias, representaciones, concepciones de mundo, proyectos de sociedad, relaciones sociales.

¿Por qué no hay un pasaje directo de la teoría a la práctica?

La problematización de esta cuestión requiere una remisión a la premisa (en la cual nos apoyamos) de que las teorías sociales son reflexiones sistemáticas que tienden a elaborar una explicación macroscópica sobre la sociedad y, en este sentido, hay diferentes teorías y diferentes métodos que se aproximan más o menos a la realidad social. La realidad social, a su vez, presenta múltiples y complejas determinaciones que ni siempre se explicitan de forma concreta, lo cual limita las posibilidades de la razón de comprenderla en su totalidad. Y más allá de esto, las teorías son siempre *post festum*⁸, o sea, el conocimiento sólo se realiza a posteriori de los hechos. **Esto explica el desfase que se explicita en la relación teoría/práctica.**

Si concebimos teoría como la (re)figuración de los hechos, fenómenos y procesos hay que considerar que esta aprehensión de la realidad por la vía del pensamiento es siempre mediatizada por las experiencias personales, profesionales y sociales de los sujetos, por las visiones de mundo y por los proyectos sociales con los cuales acuerdan.

Hay, todavía, dos puntos que merecen ser enfatizados.

El primero se refiere a la naturaleza de estas instancias. Aunque considerando teoría/práctica, pensamiento/acción, objetividad/subjetividad como dos polos de un mismo movimiento, no hay identidad entre ellas. Tampoco, puede haber preponderancia de una sobre la otra.

El segundo es que no se extrae teoría directamente de la práctica, mucho menos es función de las teorías sociales ofrecer respuestas y procedimientos manipulatorios a las prácticas profesionales localizadas y particulares.

La comprensión de estas cuestiones y su relación con el Trabajo Social exige una reflexión que extrapole sus fronteras.

En esta dirección, hay que considerar que el proceso de elaboración teórica exige una suspensión temporaria con el cotidiano. Este proceso se constituye en una modalidad específica de objetivación humana fundamentada en finalidades conscientes y específicas para la cual los sujetos canalizan toda su atención y elevan su singularidad a lo humano-genérico. Dice Lukács (en la obra "Introducción a una estética marxista"): "para que nazca un concepto es necesario que las percepciones importantes para la vida se tornen autónomas en relación a la causa de ellas". Para este autor, el momento de conceptualización se desenvuelve en el curso del proceso de socialización de los hombres (Lukács, 1968).

⁸ Dice Marx, "La reflexión sobre las formas de vida humana y, por tanto, también su análisis científica, sigue sobre todo un camino opuesto al desarrollo real. Comienza *post festum* y, por eso, con los resultados definitivos del proceso de desarrollo" (1985a:73).

La actividad práctica, a su vez, se constituye en una acción racional de sujetos reales. En este sentido, las actividades prácticas pueden ser sistematizadas por los sujetos que la realizan, aunque esta sistematización, que es un paso necesario y que antecede a las elaboraciones teóricas propiamente dichas, no se constituyen en teorías.

Si por un lado, las prácticas profesionales no producen teoría, pero conocimiento que permite una intervención directa en los fenómenos sociales; por otro, proveen de subsidios para el avance del conocimiento acerca de algunas cuestiones y de determinados objetos.

Como se puede observar, hay momentos teóricos y momentos prácticos. No puede haber el primado de uno sobre el otro, sino una jerarquía de las determinaciones en situaciones específicas.

La unidad teoría/práctica es dada por la realidad, que es la base material de ambas.

Si comprendemos que la realidad se mueve por contradicciones, no hay como aceptar ni la perspectiva de equilibrio y homeostasis que las corrientes funcionalistas quieren hacernos creer, ni los procedimientos y principios de la lógica formal y mucho menos aquellos utilizados por las corrientes organicistas, para los cuales no hay distinción entre naturaleza y sociedad.

Es por eso que, a mi entender, las teorías que se basan en modelos, y hasta se jactan de ello, no dan cuenta de explicar el movimiento, las transformaciones, las alteraciones sociales, o mejor dicho, la realidad, y ni siquiera pueden ser pensadas como paradigmas sino como tipologías, en el sentido más vulgar del término.

En lo que se refiere más directamente al Trabajo Social, salvando las debidas diferencias, hay que considerar que la realidad social enfrentada por el profesional o las demandas de clases que la intervención profesional polariza (y que se colocan como objetos de intervención profesional) poseen amplias y complejas determinaciones que van más allá de las posibilidades de los agentes profesionales de captarlas y que, conforme afirmamos anteriormente, el conocimiento es siempre a posteriori, procesual, aproximativo y relativo.

La dificultad de establecer las mediaciones entre las teorías sociales macroscópicas, las prácticas sociales y profesionales y las singularidades de la intervención profesional del trabajador social, nos lleva a incurrir a dos concepciones erróneas de teoría: o como modelo de intervención o como justificación de la práctica, ambas apartadas de la realidad.

Por otro lado, siendo el Trabajo Social un trabajo, una rama de especialización de la división social y técnica del trabajo, una profesión de carácter eminentemente operativo, el Trabajo Social no tiene teoría propia. Se basa en concepciones extraídas de las ciencias sociales o de la tradición marxista⁹ y en un conjunto de procedimientos técnico-instrumentales, muchas veces recreados por los profesionales para responder a su funcionalidad.

Si aceptamos el primado o la autonomía de la teoría frente a la práctica o viceversa, incurrimos en la falsa concepción de que la opción del profesional por una teoría es aleatoria, casuística, oportuna, instrumental o contingente y ecléctica (dependiendo de la experiencia o las circunstancias). Al contrario, hay que reconocer que la elección de una teoría se encuentra permeada por experiencias personales, concepciones de mundo, proyectos societarios y, en el límite, se encuentra referida tanto a las necesidades de comprensión cuanto al nivel de exigencia y satisfacción de los profesionales por el alcance y grado de explicación y aproximación de la realidad brindados por las teorías. Son las preguntas que los hombres hacen a sus objetos que circunscriben el alcance y el campo de visibilidad de los sujetos. Son las respuestas que los hombres dan a sus necesidades que los colocan en un determinado nivel que los aproxima más o menos del conocimiento de la verdad. Del mismo modo es la congruencia entre el nivel de exigencia de los individuos y el grado de explicación de una teoría que determinan esta elección (cfr. Lukács, In: Guerra, 1995).

Con todo, no se pretende negar que haya un descompás entre los análisis y las reflexiones macroscópicas y aquellas referidas a la intervención profesional. Aunque, como intentaré demostrar, estoy convencida de que este descompás no es provocado por la insuficiencia o ausencia de instrumentos y técnicas (o de metodologías de acción).

A este “nosotros” referido a la relación teoría/práctica, se vincula directamente la cuestión de la manera entronizada con que los trabajadores sociales encaran los instrumentos y técnicas convencionalmente utilizados en la intervención profesional, o la forma deificada con que conciben y hasta utilizan las supuestas “metodologías de acción del Trabajo Social”. Estos se constituyen en el segundo conjunto de pseudo-problemas que este análisis pretende desmitificar.

EL FETICHE DE LOS INSTRUMENTOS Y TÉCNICAS O LA DEIFICACIÓN DE LAS METODOLOGÍAS DE ACCIÓN

El análisis de estas problemáticas nos demuestra que hay de parte de los trabajadores sociales algunas exigencias para la creación de “nuevos” instrumentos de acción profesional, como de “recreación” de los tradicionalmente utilizados en la

⁹ La alternancia de estos conocimientos en una misma práctica redundaría en eclecticismo.

intervención profesional. Esta exigencia se ha manifestado tanto en los eventos representativos de la categoría como en el interior de la academia, con base en estas preocupaciones hay, a partir de mediados de la década de 80, un retorno de las discusiones acerca del instrumental técnico-operativo. Aunque expresada, muchas veces de manera fluida y apartada de los sesgos metodologistas que atraviesan a la profesión, la solicitud por instrumentos y técnicas continúa persistiendo en el medio profesional.

No se trata de reeditar nuevas fórmulas para la atención individual, grupal o comunitaria; tampoco de reforzar el equívoco de que hay instrumentos diferentes para cada uno de los “procesos” tradicionales del Trabajo Social substituidos, en este momento, por las denominaciones de funcionalismo, fenomenología y materialismo histórico. Se trata, y esto se constituye en uno de los resultados del esfuerzo realizado por profesionales apuntando a la madurez teórica de la profesión, de atribuir una nueva calidad a la intervención; de recuperar el crédito históricamente depositado en la profesión -tanto por los usuarios de sus servicios cuanto por el segmento de clase que lo contrata-, de reconocer la naturaleza de las demandas, los modos de vida de los usuarios, sus estrategias de sobrevivencia, en fin, de tener una competencia técnica e intelectual y mantener el compromiso político con la clase trabajadora.

Mi argumentación obedece a dos órdenes de razones que se relacionan entre sí.

La primera se refiere a las condiciones objetivas en las cuales la intervención profesional se realiza; la segunda es relativa a la propuesta teórico-metodológica marxiana, que se coloca como el sustrato de la perspectiva histórico-crítica, heredera de la vertiente caracterizada por Netto como de “intención de ruptura”(Netto, 1991a).

En el primer nivel tenemos que la operacionalización de cualquier propuesta pasa por la existencia de condiciones objetivas, determinadas por las relaciones de causalidad entre los procesos que, dinámica y contradictoriamente, mueven los fenómenos puestos en la realidad. Si no fuese por otras razones, el movimiento que deriva de la institucionalización de la profesión, la forma por la cual su inserción en la división social y técnica del trabajo se realiza, la fluidez puesta en las definiciones sobre la naturaleza y atribuciones operacionales de la intervención profesional, ya se colocarían como problemáticas suficientes para engendrar constreñimientos a la intervención profesional y, consecuentemente, se constituirían en campo de investigación. Pero hay más: se sabe que las condiciones en las cuales la intervención profesional se procesa son las más adversas posibles: pulverización y ausencia de recursos de todo orden para atención de las demandas; exigencia por el desempeño de funciones que se apartan mucho de lo que el trabajador social, o cualquier otro profesional, se propone realizar; bajos salarios; alto nivel de burocratización de las

organizaciones; fluidez y discontinuidad de la política económica; y todavía, que el tratamiento atribuido a la cuestión social a través de las políticas sociales estatales y privadas es fragmentado, casuístico, paliativo. De este modo, las condiciones objetivas colocadas a la intervención profesional no dependen apenas de la postura teleológica individual de sus agentes y de sus instrumentos de intervención. La propia lógica que mueve el orden burgués, por las fragmentaciones y abstracciones que produce y la sustentan, coacciona cualquier práctica que intente romper con el conservadurismo que nutre esta misma sociedad. Aunque las actividades de los individuos son teleológicas y por eso el "...factor subjetivo, resultante de la reacción humana a tales tendencias de movimiento, se conserva siempre, en muchos campos, como un factor algunas veces modificador y, algunas veces, hasta mismo decisivo"(Lukács, 1978:11) y en este sentido, nos compete actuar en dirección al establecimiento de las condiciones materiales necesarias a una intervención profesional que supere la práctica burocratizada, inmediateista, reformista. **En este ámbito, la necesidad de reconocer las estrategias y tácticas políticas de acción, secundariza la preocupación con el instrumental técnico¹⁰.**

El segundo punto que sustenta nuestra argumentación pone en cuestión la propuesta teórico-metodológica marxiana. Sabemos que Marx se preocupaba con la lógica que mueve un objeto determinado: el orden burgués. Conforme argumentamos en el ítem anterior, la teoría marxiana consiste en (re)producir, al nivel del pensamiento, el movimiento real del objeto, pero jamás la realidad, una vez que esta es mucho más rica y plena de determinaciones (una totalidad inacabada, un devenir) que las posibilidades de la razón en atraparla. Pero la razón, ya en Hegel, es astuciosa y sigue a la práctica en todo momento, la guía, analiza sus transformaciones, formula conceptos de acuerdo con ella, en fin "...se convierte en fuerza de la historia" (Gorender, In: Guerra, 1995:29), lo que presupone una imbricación necesaria entre teoría, práctica y método, una vez que éste "...objetiva reproducir conceptualmente lo real en la totalidad inacabada de sus elementos y procesos" (Ídem, Ibídem). La historia, entendida como acumulación de fuerzas productivas, provee el material para el análisis de la razón. Las categorías extraídas de la historia son remitidas a ella; la razón se historiciza y la historia se racionaliza. Como venimos defendiendo, entre el conocimiento y la acción hay mediaciones de diferente naturaleza, que incorpora las determinaciones objetivas de la realidad y subjetivas, concernientes a los sujetos sociales que, aunque desveladas por el método, no son por él solucionadas. Exigir de las formulaciones marxianas respuestas a un nivel de intervención en la realidad, referida a una rama de especialización de la división social

¹⁰ La tentativa de dimensionar adecuadamente la relación dialéctica entre causalidad puesta en las condiciones objetivas de trabajo y la colocación teleológica de los agentes profesionales (en este caso de los trabajadores sociales), se encuentra en Guerra, 1995:177-184.

y técnica del trabajo, es transformarlas en una técnica social o, en el límite, encuadrarlas en la lógica formal.

Con estas observaciones no pretendemos postergar o apartar, una vez más, las discusiones acerca del instrumental técnico, ni siquiera negar la importancia de la discusión y la intención de dar respuestas a estas cuestiones para la profesión. Lo que se pretende demostrar es que **gran parte de los problemas apuntados por los profesionales como provocados por la ausencia de sistematización del instrumental técnico, no se localiza en él.**

Esto porque hay algo que precede la discusión de instrumentos y técnicas para la acción profesional, que a mi entender se refiere a la **Instrumentalidad del Trabajo Social**, o mejor dicho, a la dimensión que el componente instrumental ocupa en la constitución de la profesión. Más allá de las definiciones operacionales (qué hacer, cómo hacer), necesitamos comprender “para qué” (para qué, dónde y cuándo hacer) y analizar cuáles son las consecuencias que a nivel de lo “mediato” nuestras acciones producen.

Finalmente llegamos a lo que considero la base sobre la cual estas concepciones equivocadas se edifican: **La Instrumentalidad del Trabajo Social.**

¿Qué estamos entendiendo por “Instrumentalidad”?

La categoría Instrumentalidad, configurada en su aspecto más amplio y general, como categoría propia de la relación entre hombre y naturaleza, en el orden burgués pasa a ser una mediación en la relación entre los hombres. La sociedad capitalista se encuentra amparada en un nivel de racionalidad, entendida como formas de ser, pensar y hacer históricamente construidas, racionalidad esta que la alimenta y, al mismo tiempo, se expresa por acciones instrumentales. En este ámbito cabe diferenciar la dimensión universal de la instrumentalidad, -como condición necesaria a la reproducción de la especie humana, momento necesario en la relación entre el hombre y la naturaleza en respuesta a sus carencias (cfr. Lukács, 1978:5)-, y las particularidades que la instrumentalidad adquiere como categoría propia del orden burgués constituida. aquí se destacan las acciones instrumentales -aquellas acciones que priorizan la consecución de finalidades independientemente de los fundamentos ético-políticos que éstas contienen-, y finalmente, la concepción instrumentalista de la razón, o mejor dicho, la subsunción de la Razón Moderna -humanista, historicista y dialéctica-, a apenas una de sus dimensiones, o sea, la dimensión instrumental, sacrificando con eso su carácter emancipatorio.

La hipótesis que orienta este momento de mi reflexión es que las sociedades capitalistas se producen y se reproducen a base de una inversión: el trabajo, que tiene

en la *instrumentalidad* una determinación fundamental, de “primera necesidad de la vida” se transforma en único “medio de vida” (Lukács, 1978:16). De lo cual se deriva que la “instrumentalidad puesta en la relación de los hombres con el objeto de trabajo en el acto de producción es transportada para la relación con otros hombres” (Guerra, 1995:104), pasando a constituirse en la mediación privilegiada de las formas de sociabilidad entre los hombres.

Cuando la perspectiva instrumental -condición interminable de las especies-, se repite, se padroniza, se cristaliza e invade la totalidad de la existencia de los sujetos, instituye una determinada racionalidad: la *racionalidad formal-abstracta* (Guerra, 1995).

Pero, si la racionalidad formal-abstracta es hegemónica en el capitalismo, ella no es la única, ni siquiera la última forma de racionalidad. Por eso, entiendo que recuperar la perspectiva ontológica de la instrumentalidad del proceso de trabajo significa reconocer que en la “expresión consciente” de los hombres, en la teleología, en la cual comparecen *razón y voluntad*, residen las posibilidades emancipadoras del trabajo humano.

En el ámbito del Trabajo Social, sabemos que la profesión se constituye en una práctica profesional, de carácter operativo, históricamente reconocida por su funcionalidad al sistema capitalista en su fase monopolista. El trabajador social se encuentra inserto en la división social y técnica del trabajo como profesional asalariado, que ocupa un espacio en las organizaciones públicas y privadas de prestación de servicios, espacio éste limitado a las variables del contexto social en el cual las acciones profesionales se insertan, apuntando a dar respuestas que reduzcan “disfuncionalidades”, estas, como sabemos, engendradas por los antagonismos de intereses de clases sociales.

En esta línea de reflexión, consideramos que la ubicación socio-institucional de los trabajadores sociales como prestadores de servicios, ejecutores de actividades finalísticas, al descaracterizar la profesión como un trabajo y expulsarla de la intermediación directa de la relación capital-trabajo, oscurece la naturaleza política de la profesión y limita su intervención a acciones instrumentales, incidiendo sobre las representaciones que los profesionales tienen de sus acciones y de la profesión.

A medida que los profesionales se deparan con situaciones inmediatas acaban por reducir sus acciones a la manipulación de variables del contexto empírico en el cual actúan, porque la expectativa de las organizaciones (públicas y privadas) en torno de la acción del trabajador social se localiza en la recuperación del índice de normalidad necesario al (re)establecimiento del “orden social”. En el nivel de la empírica la acción del profesional no ultrapasa la realidad inmediata de las cosas, la

singularidad de los fenómenos. Al *dar respuestas del tipo si,...entonces*, el trabajador social acciona a un determinado nivel de la razón o una racionalidad determinada **que captura apenas la forma de aparecer** de los hechos y los fenómenos, pero no alcanza sus propiedades constitutivas, tampoco su naturaleza contradictoria y las posibilidades de revertir que ellas poseen. Esta racionalidad permite que los trabajadores sociales fijen los hechos en padrones y procedimientos predeterminados, cristalizados, pero impide que avancen más allá de ellos. La racionalidad *formal-abstracta*, porque vacía los hechos de sus contenidos concretos y los separa de las relaciones que los engendran, tampoco permite que se perciba la conexión, la articulación, la vinculación entre las instancias socio-económicas, políticas, ideoculturales, etc.

Hay diferentes racionalidades en la profesión, entendidas como un conjunto de tendencias, formas de actuar y de pensar a/en la profesión que demuestran los niveles o grados de razón movilizados en las acciones profesionales. Sin embargo, lo que a mí me importa reafirmar es que la racionalidad hegemónica del orden burgués, la racionalidad positivista, ha ejercido una preponderancia en las teorías que inspiran a la profesión y las formas de actuar de los trabajadores sociales.

Por eso, entendemos que la categoría Instrumentalidad tiene un amplio y profundo poder explicativo sobre la razón de ser y de conocer a/de la profesión, autorizando las siguientes afirmaciones:

- El Trabajo Social posee una instrumentalidad. Es por medio de ella que la profesión consolida su naturaleza, realiza su funcionalidad. Esta dimensión, al mismo tiempo en que se constituye en la razón de ser del Trabajo Social, articula las dimensiones técnicas, ético-políticas, teóricas, pedagógicas e intelectuales de la profesión; por eso es capaz de posibilitar tanto que las teorías macroestructurales sean remitidas al análisis de los fenómenos, procesos y prácticas sociales, como que esta comprensión se objetive en acciones competentes técnica y políticamente.

- El Trabajo Social posee modos particulares de plasmar sus racionalidades, lo que conforma un modo de operar, lo cual no se realiza sin instrumentos técnicos, políticos y teóricos, tampoco sin una dirección finalística y presupuestos ético-políticos, que incorporan el proyecto profesional.

- No obstante las solicitudes profesionales por “nuevos” instrumentos operativos, lo que se percibe es la necesidad de una racionalidad, en cuanto expresión y fundamento de las teorías y prácticas, capaz de iluminar las finalidades a partir de las cuales el aparato técnico-instrumental es movilizado.

- Sólo puede haber dicotomía entre teoría y práctica en el Trabajo Social mientras los profesionales utilicen como referencial de análisis de la realidad las teorías paradigmáticas (formalizadoras de la realidad).

EL RESCATE DE LA RAZÓN: PERSPECTIVAS PARA EL TRABAJO SOCIAL

Por todas las consideraciones aquí desarrolladas y teniendo como base las síntesis mencionadas en las páginas anteriores, me permito afirmar que la insistente presencia de racionalidad formal-abstracta en el Trabajo Social, o la razón positivista que subyace a los proyectos conservadores, en la perspectiva de mantener el orden social en los marcos de la hegemonía de la clase burguesa, se coloca como una de las mediaciones de la **Instrumentalidad del Trabajo Social**. De otro modo, el conocimiento sobre la Instrumentalidad del Trabajo Social nos permite avanzar sobre las formas de pensar y actuar en/de la profesión.

Si el trabajador social se depara con las contradicciones propias del orden burgués maduro, que en otro lugar llame de condiciones objetivas de trabajo o causalidades puestas por la propia realidad social (Guerra, 1995), hay que recuperar el papel del sujeto en la elección racional sobre las alternativas posibles y en la movilización de las condiciones materiales necesarias al alcance de sus finalidades.

Si es verdad que tanto la legitimidad de aquella corriente que es tributaria del referencial teórico-metodológico e ideo-político marxiano como que de la pertinencia de este referencial dependen las respuestas materiales efectivas dadas a las demandas (tradicionales y emergentes), respuestas estas, que a su vez, se refieren tanto a la producción de conocimiento -sobre los objetos, sobre la realidad, sobre la población, sobre la Instrumentalidad del Trabajo Social, en el interior del cual se delimita y se elige el instrumental técnico-operativo a ser utilizado-, como a la intervención objetiva en las variables de la realidad social en la intención de alterarlas, hay que invertir en una racionalidad que si no es del “nuevo tipo”, supere aquella que tradicionalmente viene acompañando la profesión. Esta “otra” racionalidad debe ser capaz de iluminar las finalidades profesionales (el **para qué** de las acciones profesionales), permitir la elección de los medios e instrumentos adecuados a la realización del proyecto, de movilizar las condiciones objetivas, en fin, que permita la concretización de las finalidades profesionales. Los trabajadores sociales al accionar Razón y Voluntad en la elección de los procedimientos técnicos y ético-políticos, y dentro de ellos el instrumental técnico-operativo, lo hacen en el ámbito de un proyecto profesional, lo que permite que la profesión supere la dimensión eminentemente instrumental (necesaria, pero insuficiente), respondiendo de manera crítica y

consciente a las demandas que le son puestas, alcanzando la competencia técnica y política necesaria para el avance de la profesión en sus diversas dimensiones: ética, técnico-política, intelectual y formativa.

Esta “otra” racionalidad a la cual nos referimos debe ser guiada por una ontología que, insólita al universo del pensamiento burgués y al mundo de la superficialidad, tiende a rescatar aquello que en la realidad es indisoluble: la relación teoría/práctica, ya que es la realidad misma la que se constituye en la fundamentación del pensamiento y de la acción de los hombres en la sociedad contemporánea.

BIBLIOGRAFIA

DURKHEIM, Émile. *As regras do método sociológico*. Trad. Isaura P. de Queiroz. 11ª. Ed. São Paulo, Nacional, 1984.

GUERRA, Yolanda. *A Instrumentalidade do Serviço Social*. São Paulo, Cortez, 1995.

IAMAMOTO, Marilda V. e CARVALHO Raúl de. *Relações Sociais e Serviço Social no Brasil - esboço de uma interpretação histórico metodológica*. 2ª Ed. São Paulo, Cortez, 1986.

LUKÁCS, Georg. *Introdução a uma estética marxista: sobre a particularidade como categoria estética*. Trad. Carlos Nelson Coutinho e Leandro Konder. Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1968.

_____ *As bases ontológicas do pensamento e da atividade do homem*. IN: Revista Temas de Ciências Humanas nro.4. São Paulo, Ciências Humanas, 1978.

_____ *Ontologia do ser social: princípios ontológicos fundamentais de Marx*. Trad. Carlos Nelson Coutinho. São Paulo, Ciências Humanas, 1979.

MARX, Karl. *Para a crítica da economia política*. IN: Os pensadores. São Paulo, Ed. Abril, 1974.

_____ *O Capital: crítica da economia política*. (Livro I, vols. 1 e 2). Trad. Regis Barbosa e Flavio R. Kothe; 2ª Ed. São Paulo, Nova Cultural (Col. Os Economistas), 1985.

NETTO, José Paulo. *Ditadura e Serviço Social - uma análise do Serviço Social no Brasil pós 64*. São Paulo, Cortez, 1991.

_____ *Autocracia burguesa e Serviço Social* (Tese de Doutorado). Vol. I, São Paulo, PUC, 1989(a).

_____ *Notas para a discussão da sistematização da prática e teoria em Serviço Social*. IN: Cadernos ABESS nro. 3, São Paulo, Cortez, 1989(b).

_____ *Transformações societárias e Serviço Social*. IN: Revista Serviço Social e Sociedade nro. 50, São Paulo, Cortez, 1996.

VV.AA. *“A metodologia no Serviço Social”*. Cadernos ABESS nro. 3, São Paulo, Cortez, 1989.

VV.AA. *“A produção do conhecimento no Serviço Social”*. Cadernos ABESS nro. 5, São Paulo, Cortez, 1992.